



Exige además el concepto filosófico de la Historia; así en su contenido esencial como en la forma narrativa y exposición científica, que sea esta ciencia *religiosa*; pues así el hombre sujeto de la Historia, como el fin y objeto de la misma, que es la narración de lo acaecido en el tiempo y en el espacio, para enseñar el bien á la criatura en su misión temporal y transitoria, entrañan la alta y sublime idea del Hacedor en sus relaciones de inteligencia infinita, de amor infinito y de voluntad infinita con el hombre, por medio del dogma, de la moral y del culto.

El mundo sin Providencia, es un hecho sin causa.

La Historia sin Dios, es el panteón de una raza de hombres degenerados; el historiador sin fe sería el sepulturero del vasto cementerio

1.^a La íntima naturaleza de las cosas nos es frecuentemente desconocida; de ella sabemos poco y de una manera imperfecta.

La verdad de esta observación se conoce tanto mejor, cuanto más se profundiza en las ciencias; el resultado de los trabajos más asiduos y profundos, es la convicción de nuestra ignorancia.

2.^a La mejor resolución de muchas cuestiones, es el conocimiento de que no es posible resolverlas.

Los hombres pierden mucho tiempo en disputas estériles, porque se empeñan en resolver problemas sin datos. Cuestiones hay que metieron mucho ruido en el mundo científico, y que podían compararse á esta: el mundo de las estrellas es par ó impar.

3.^a Como los seres se diferencian mucho entre sí, en naturaleza, propiedades y relaciones, el modo de mirarlos y el método de pensar sobre ellos, han de ser también muy diferentes. Quien aplicase á las ciencias políticas y morales el método matemático, caería en grandes errores; y quien juzgase el mérito de una obra literaria por un análisis metafísico ó dialéctico, se parecería á quien hiciese la autopsia de un cuerpo vivo.

4.^a En las ciencias que versan sobre objetos necesarios, es preciso tenerse al enlace de las ideas puras. En las que tienen por objeto la naturaleza, es preciso fundarse en la observación. En las que versan sobre el hombre, se debe estudiar el corazón humano. En las morales, se ha de atender á los eternos principios de la razón, ilustrados con las tradiciones universales, y sobre todo por la Religión cristiana.

5.^a De nada sirven todas las reglas, si el hombre no está poseído de un profundo amor á la verdad, y si no sabe despojarse de sus pasiones para ver en las cosas lo que hay realmente, y no lo que él desea que haya. (BALMES, *Filosofía elemental*.—Lógica, páginas 103 y siguientes).

de las generaciones que pasaron, sobre cuyos negros sepulcros no posaría la blanca imagen del ángel de la resurrección.

Toda sabiduría que no tienda á Dios, es sabiduría inútil para el fin último del hombre; si pues la Historia, como ciencia, como serie de verdades enlazadas, sistematizadas y deducidas de un fundamental y primer principio, cual es el del plan eterno de Dios, mediante la libertad humana, en su desarrollo y en su conocimiento, es uno de los ramos más importantes de la sabiduría, por su objeto y por su fin, ya indicados, ó hay que apartarse del camino que guía á la humanidad á Dios, ó hay que escribir en la primera página de la Historia la bella y augusta palabra de esa idea más augusta y más bella y más sublime, la religión: el nombre y la idea de la única religión, de la única recta que puede trazarse desde el pensamiento finito del hombre al pensamiento infinito de Dios, la recta regla del cristianismo, de la religión de Cristo, católica, apostólica, romana, sostenida hasta el último día de los tiempos por el espíritu de Dios, y gobernada en la tierra por el Pontífice infalible.

Tal es el concepto, no diré nuevo, porque la ciencia racionalista del siglo XIX le haya negado y desconocido, pero sí renovado, que de la Historia religiosa de la humanidad conviene hoy más que nunca, en esta sociedad descreída, grabar y esculpir en el corazón de la generosa juventud de España.

Es asimismo evidente, dado el carácter ya reconocido de ciencia en la Historia, que entraña el fundamental concepto de *filosófica*, en cuanto la Filosofía signifique conocimiento de la razón de los hechos y de las causas, capaces de ser conocidos por la razón humana.

¡Qué inmensa locura no sería pretender abrir el libro de los sellos de oro, y comentar y narrar y explicar todos los hechos, todas las causas y todos los acontecimientos de la vida espiritual de la humanidad, cuyas secretas causas se velan y encierran en el eterno pensamiento de Dios!

Hija es esta locura de un sin igual atrevimiento del pensamiento humano, educado en un concepto extraviado y absurdo de lo que es la



Filosofía para el hijo del hombre, para el hombre de lo natural, para el que busca é indaga en sí, en lo secreto de su pensamiento, la ley del conocer absoluto, sin otra relación, ni enseñanza, ni revelación, ni doctrina superiores, que ni rebajan la razón, antes bien la ennoblecen, ni son rémora al progreso santo de las ciencias, á ese hermoso y sublime desenvolvimiento de los conocimientos humanos, que podemos concretar bajo el nombre de *civilización cristiana*. Si al fin, después de dos siglos, históricamente estudiado este concepto de la filosofía racionalista, hubiera logrado probar á la humanidad que el secreto pensamiento suyo había abierto nuevos caminos á la gloria del genio, nuevos veneros de riqueza á la sabiduría, nuevos títulos de grandeza para el hombre, tendríamos que dudar de sus afirmaciones; pero apuntados sus extravíos y reconocidos sus títulos de villano y torpe y retrógrado origen, causa de la actual soberbia científica é ignorancia de los principios capitales que constituyen el decálogo de los deberes de la vida racional, fuerza es convenir en que la Historia no puede aceptar ni convenir ni hacer causa común con ese concepto filosófico de la razón aislada, negación de todo progreso, de toda libertad social, y madre fecunda de esta moderna y odiosa tiranía en que vive, sin saberlo quizás, la que se imagina libre Europa y el que se apellida mundo moderno, nacido milagrosamente, á decir suyo, á la venturosa vida de una libertad, de la cual no puede menos de maldecir todo aquel que ame y estime la verdadera libertad social, no practicada aún, contra el sentir de la doctrina católica, en las sociedades cultas.

Filosóficamente considerada la ciencia histórica, no es la mera relación de sucesos sin enlace, sin causa, sin influencia y sin resultado, sino el espíritu mismo de la Filosofía, iluminando y esclareciendo el inmenso campo de los hechos de la vida humana.

Réstanos analizar en este primer punto de nuestra disertación sobre la Historia, el concepto, objeto y fines de la misma, según el racionalismo, consignando de paso algunas ideas fundamentales sobre el concepto, objeto, arte,

forma, fuentes, utilidad é importancia de la ciencia histórica.

Al ocuparse el racionalismo en el desarrollo del concepto, objeto y fines de la Historia, dice: que no es sino el trasunto fiel y vivo reflejo de la vida humana, entendida como acto de realizar cada individuo su destino en propiedad y libertad, como causa de su propia existencia y naturaleza, en una serie continua de estados siempre diferentes con relación al tiempo y al espacio. La Historia para el racionalismo no es sino la relación de toda esa serie de estados diferentes por que han pasado las sociedades humanas desde su origen hasta hoy, narrándola según arte y según idea; de modo que el concepto de la Historia viene á ser el mismo que el de la vida total humana, y su objeto reunir con plan y método lo sucedido en los diferentes pueblos, en las naciones que han fundado los hombres.

Definiendo concretamente la Historia, dice un moderno escritor racionalista que es: «Narración ordenada de lo sucedido en el tiempo y en el espacio, á fin de conocer de qué modo han ido formándose y desenvolviéndose el hombre y la sociedad.» Nótese aquí la carencia total de toda idea superior que enlace las acciones del hombre con la providencia altísima de Dios, y redúcese la Historia en el concepto filosófico del racionalismo, á una mera relación de actos propiamente humanos. «La Historia, añade el citado autor, es la ciencia del hecho en su elemento necesario, pero tan propio y absoluto, que sin él no hay Historia;» es el hecho su contenido, su parte esencial constitutiva, característica, mas no es el solo y único elemento de la Historia, porque la vida humana se realiza, no de un modo material, sino racional.

Por tanto, en el hecho hay que considerar dos factores: lo sucedido y lo ideal, en cuanto es causa de lo sucedido; como se ve, en todo hecho hay un elemento permanente, inmutable, que es la idea, y pudiéramos decir el ser; y el hecho, lo sucedido. Por lo segundo, por lo vario, transitorio y mudable, que desaparece no bien el hecho se ha realizado, la Historia es propiamente tal; por lo primero, por lo uno y permanente, se relaciona con la Filosofía, for-



mándose de su composición la Filosofía de la Historia, abarcando así entre las dos la vida humana entera en la idea y forma del hecho, y es este la manifestación más ó ménos exacta de aquella; por lo tanto, la Filosofía es la ciencia de los principios independientemente de los hechos, y de la Historia de los hechos sujetos á la misma; aquella es la ciencia de lo que debe ser, de lo que es necesariamente; esta, de lo que puede ser ó no ser, de lo que es solo accidentalmente. Llámase también ciencia de lo real á la Historia, por oposición á lo ideal con relación á la Filosofía.

¿Se quiere una prueba más para afirmar que el racionalismo es la negación de toda ciencia, y singularmente en el caso presente de la Historia? ¿Puede darse un concepto científico de la Historia más falto de fundamento filosófico que el que acabamos de exponer? La Historia en sí, como análisis de los hechos y sus causas, entraña un fundamento providencial humano, que basta á constituir un organismo científico con vida propia, y á desarrollar en ordenados principios la intervención providencial y la libertad humana, sin necesidad de sujetarla á una ciencia *de lo que debe ser*, y de lo que es necesariamente.

Que esta es una, es ciertamente el elemento filosófico que predomina en la Historia, á no ser que un manifesto panteísmo, ó un ilógico fatalismo, sea el inspirador de semejante concepto.

Al exponer nosotros anteriormente el concepto de la Historia, consignamos dos fundamentos, que son: el hecho, y la investigación de la causa; investigación realizada, no mediante leyes necesarias, sino de libertad, dejando al campo de la Filosofía de la Historia el análisis superior, que abarca el contenido de toda la ciencia, con elevada mirada.

El objeto de la Historia no es otro que llegar más derecha y ordenadamente á la teoría y práctica del bien por medio de las enseñanzas de esta ciencia; teoría que debe estar conforme con las superiores enseñanzas de la ley moral por que es regido el mundo. El hombre fijase más detenidamente en aquello que le es propio y en aquellos actos que más elocuentemente

hablan á su razón, tomando de ellos leyes de enseñanza para la vida, y acomodándose á seguir las con la más religiosa observancia, á medida que la tradición y el ejemplo de los mayores y de los siglos que pasaron se los manifiestan escrupulosamente practicados.

El fin de la Historia es múltiple y vario, si bien se confirma y tiende á un fin total y último, que es el único verdadero fin de la vida humana, para labrar, con la obra del tiempo, el fin que espera al hombre más allá del presente, el estado en que el Hacedor le coloque para merecer su gloria; mas cabe tener en cuenta los diferentes fines de la vida, recomendables sin duda, en cuanto bajo todas sus diversas esferas tienden al logro principal. Que el fin de la Historia, más olvidado hasta el presente, sea el de buscar en ella experiencias y razones que muevan al hombre cada día á dar una dirección más racional á todos sus actos, en conformidad con los principios de la Filosofía, no debe achacarse por el racionalismo á la escuela Católica, basada en las enseñanzas de San Agustín y Bossuet, sino más bien á la Filosofía de la razón, que una vez extraviada, intenta volver á recorrer el camino de la vida que anduvo á ciegas, para cumplir de hoy en lo porvenir más ordenada y adecuadamente su fin. Coincide esta filosófica observación del fin de la Historia con el carácter de religiosa que antes la hemos asignado, así en su forma como en su contenido científico; fin notabilísimo, que constituye uno de los timbres más nobles de la ciencia que desenvolvemos. La unidad y la universalidad, son los dos caracteres que la Filosofía contemporánea fija y señala para la existencia del saber sistematizado, ó séase de la ciencia. Si por ciencia se entiende, dice, una suma de conocimientos sistemáticamente ordenados á la luz de un principio, y enlazados por relaciones generales y permanentes, que engendran la unidad y la universalidad: considerada la Historia en cada uno de sus hechos, no es ciencia; porque lo particular, individual, contingente, vario y mudable, da noción de las cosas aisladas y sueltas, enumera las leyes y principios generales y permanentes sin los que puede haber conocimiento vul-



gar, mas no propiamente científico. Pero toda vez que el hecho no se puede separar de la idea ó de la causa, el conjunto de hechos de un mismo orden de cosas, pertenecientes á lo que se llama instituciones, cultura y civilización de uno ó más pueblos, determinados todos por las leyes que rigen el mundo moral, de que forma parte la Historia, á semejanza de las que sustentan el material, es lo que realmente da carácter científico á este estudio; puesto que lo sucedido, no en cada individuo en particular, sino en la sociedad humana en general, obedece á las leyes comunes de la vida racional, demostradas en las ciencias biológicas, de cuyo concepto nacen la unidad y la universalidad.

Sabido es que los caracteres de la ciencia histórica se hallan basados en la existencia de un primer principio, innegable é indiscutible, sobre cuya base sólida levanta la razón humana, por medio de lógicas y enlazadas consecuencias, la certeza de los hechos y causas libres de la vida, mediante la eterna Providencia, cuyo carácter fundamental de la ciencia entraña elocuentemente las decantadas leyes de unidad y universalidad que el racionalismo asigna, como condiciones, *sine qua non*, á la existencia de toda ciencia; pareciéndonos, en verdad, más racional el principio científico que ha señalado siempre la ciencia á la Historia, que no la aplicación de leyes abstractas de la moderna filosofía.

El sujeto de la Historia, el hombre, es siempre el mismo, puesto que la naturaleza, facultades y fines en el ser humano, son siempre las mismas.

Si hubiéramos de medir solamente la importancia de la Historia por el sujeto de esta, bastaría únicamente para enaltecer la ciencia saber que se ocupa en primer término del hombre, y lo hace como á manera de depositaria de la enseñanza de todos los tiempos y de todos los siglos, para que disponiendo de ellos libremente, pero bajo la ley de Dios, se determine á obrar con acierto y seguridad en el camino de la larga y azarosa vida, evitando las tristes vicisitudes por que pasaron los que ya duermen el sueño de la eterna paz, y medir en

la existencia del porvenir, según santas leyes, el progreso moral y material, que es ciertamente el objeto propio de la misma ciencia.

Ofrécenos la Historia una nueva y especial consideración, analizada como arte, ó sea como expresión de lo acaecido en el tiempo y en el espacio. El concepto artístico de la Historia se nos presenta, como veremos en la *Historiografía*, participando de las formas más bellas y galanas que ha ideado la imaginación; y aun en muchos periodos, así de las antiguas como de las nuevas civilizaciones, participando hasta de los encantos de la poesía, y siendo objeto de millares de cuentos y leyendas, que han venido luego, en algún sentido, á formar parte integrante del carácter de algunos pueblos. La reproducción de los hechos históricos, ó sea su reproducción ideal, es propiamente el arte de la Historia, debiendo estar adornado de los mismos caracteres que la ciencia, que reproduce, á fin de poder ostentar un honroso lugar al lado de aquella; distinguiendo así el arte verdaderamente histórico de un arte propiamente de idealización, que tergiversando los hechos y el contenido de los mismos, á la manera que Renan en la *Vida de Cristo*, anula la Historia. En cuanto á la forma de narrar la Historia, la más importante división que se nos ofrece es la de *Universal y Particular*. Dicho se está, que en la antigüedad, anterior al Cristianismo, no pudo conocerse completamente, ni mucho menos realizarse en forma de arte histórico, la idea de una *Historia Universal*; es verdad que Polibio, dice un escritor alemán, tenía de ella un presentimiento, al decir que la historia especial está como aislada, sin enlace y sin objeto común con el todo; mientras que la *Historia Universal*, por el contrario, forma un todo orgánico, vivificado por una unidad interior. Mas aun cuando conociéramos igualmente todos los estados y todos los pueblos de la tierra, no sería bastante este conocimiento para penetrar en la organización y marcha del mundo, así como la observación de los miembros aislados del cuerpo humano no nos puede hacer conocer las fuerzas y bellezas del conjunto. Para llegar á tener una idea clara y cabal de este, es preciso abarcar las íntimas relaciones que unen á to-



dos los pueblos en un fin comun. En vano buscaríamos en Polibio la realizacion de esta idea, como no se encuentra en Diodoro de Sicilia, no obstante aquella promesa de haberse obligado á reunir, tan completamente como le fuese posible, los sucesos de todos los tiempos antiguos y modernos, y hacer de ellos como la historia de un solo pueblo; promesa que no pudo cumplir, á pesar de los inmensos y copiosos materiales reunidos en las bibliotecas de Alejandria y Roma. Y no está la causa de esto en la notable y general mediania de los conocimientos históricos entre los antiguos, sino en la tendencia de los griegos y romanos á no fijarse más que en los hechos particulares y materiales, y sobre todo en la idolatría, causa del aislamiento de los pueblos, y el poco interés que se tomaban por la historia de los que llamaban bárbaros; añadiéndose á esto la ignorancia de lo sobrenatural: el Cristianismo, padre de esta idea fundamental, fué el que dió vida á la historia universal, al promulgar su doctrina de un Dios padre de los hombres, unidos todos, esencialmente por la redencion, á Jesucristo, y todos llamados á la santificacion y á la union con Dios en su reino celestial. Al mismo tiempo, estas ideas fundamentales fueron como incorporadas, y visiblemente realizadas, en el establecimiento y propagacion de una doctrina moral y universal aplicable á la vida de las naciones; ley providencial, expuesta con maravillosa claridad por el célebre obispo de Hipona, San Agustin, en su magnífica obra la *Ciudad de Dios*, dividida en veintidos libros.

La *Historia Universal*, pues, tiene por objeto exponer la accion y la influencia de una ley eterna, mediante la libertad humana, en todos los tiempos y países, demostrando que todo está enlazado y tiende á un mismo fin: Dios y su gloria. Excoge con especialidad los sucesos que por sus causas y efectos han influido más generalmente sobre el todo; siendo así que la *Historia Particular* tiene por objeto el tratar solamente los hechos relativos á un país. Puede asimismo ser la *Historia Municipal*, *Antigua*, *Moderna* y *Contemporánea*, segun que se ocupe en la relacion de los hechos referentes á una sola ciudad, ó de los pueblos anteriores á

la caída del imperio romano, de los posteriores ó de la época presente.

En cuanto á los objetos de la narracion, puede ser la Historia: *religiosa*, *literaria*, *política*, *artística*, *comercial*, etc.

Divídese la Historia en cuanto á la forma, en: *memorias*, *biografías*, *genealogías*, *crónicas*, *anecdótas*, *anales*, *colecciones históricas*, *efemérides* y *tradiciones*, en general.

En cuanto á la manera de exponer los hechos, podemos dividir la Historia en *narrativa*, *filosófica*, *pragmática* y *crítica*. Llámase narrativa, la que cuenta meramente los hechos sin ordenarlos ni comentar sus causas y consecuencias; filosófica, la que por medio de reflexiones y consideraciones, examina el origen de los hechos, sus causas, su razon de ser, y aun se adelanta á señalar el porvenir histórico de los pueblos; pragmática, la que además de narrar los hechos, los enlaza sistemáticamente, apuntando sus consecuencias; y crítica, la que examina solamente los hechos con relacion á su verdad y á la fuente de donde los deduce. Llámase biografía, la historia que trata de la vida de un solo hombre: genealogía, la narracion de familias ilustres y hechos notables de las mismas; sagrada, si pinta los sucesos del pueblo elegido; eclesiástica, si tiene por principal objeto la relacion de los hechos de la Iglesia; anecdótica, si recoge los hechos ó acontecimientos aislados; literaria, si enumera los progresos del saber humano; artística, los de las artes; científica, comercial, guerrera, de la navegacion, si enumera los hechos y desenvolvimiento de las ciencias, del comercio, de la guerra, etc.

Se pueden tambien hacer historias de las ciencias en general, ó de alguna en particular; y del propio modo, de los tribunales, de la nobleza, de las clases obreras, etc. Las memorias se refieren á un tiempo breve; y contienen la relacion de ciertos hechos, que sirven más tarde para escribir ó ilustrar algun punto de la historia; los anaes, son historias escritas por años; las décadas, las escritas sobre sucesos acacidos en el espacio de diez años; las efemérides ó diarios, son los apuntes ó publicaciones en que se escriben por dias los sucesos; crónica, es la relacion contemporánea y



circunstanciada de un reinado ó de otros cualesquiera hechos, sin enlace sustancial, observando estrictamente un orden cronológico.

En los tiempos más remotos, encontramos ya el uso constante de las crónicas y anaes, escritos por orden de algun ilustre personaje, de alguna autoridad soberana, por instruccion propia ó por indicacion de las castas teocráticas. La inmensa mayoría de los pueblos no poseen en un principio verdadera ciencia histórica, á la manera que no existen códigos en los pueblos recién organizados política ó militarmente, sino que antes impera la costumbre: en virtud de esto, sólo encontramos en ellos anaes y crónicas, sin enlace interior, sin indagacion de causas, ni relacion científica de su constitucion, de sus artes, de sus ciencias, de su cultura, en fin; lo que prueba sin duda que el carácter reflexivo de la historia no nace en un día, sino á la larga de la meditacion y de los siglos. La historia política no ha tenido su origen sino despues que los pueblos se han reunido en sociedades civiles y en estados independientes; las historias particulares deben ser consideradas como partes del gran todo científico, la *Historia Universal*. Esta clase de importantes producciones vienen á constituir, como á manera de rios caudalosos que afluyen al Océano los elementos propios de la *Historia Universal*; importando sobremanera su ulterior desarrollo, á fin de llevar á la primera los preciosos materiales que solo el trabajo individual, pero constante del hombre, puede atesorar.

Para escribir la Historia, exige un método bajo el cual se imprima una acertada direccion á la investigacion de la verdad. Dos son los métodos científicos que principalmente se siguen: el método *a priori*, que parte de los principios á los hechos, y el método *a posteriori*, ó sease de los hechos á los principios; así para la investigacion de estos, como para la causal y científica, el método *a posteriori* es el que conviene á la Historia. Señalar leyes *a priori* para el desarrollo y desenvolvimiento de la Historia, como lo hace el racionalismo, es asentarla sobre una mera idealidad fantástica y destruir el concepto fundamental de la ciencia, negando á la par la libertad del hombre y poniendo

un veto á la Providencia infinita, pretendiendo ajustarla á las leyes señaladas en el horizonte de la vida por la débil mano de la pobre criatura.

Puede tambien escribirse la *Historia Universal* empleando el método *etnográfico*, que consiste en ocuparse separadamente de cada pueblo ó nacion en particular: *tecnográfico*, que explica la Historia sintetizándola, y ocupándose en el estudio y desenvolvimiento particular de la religion, de la política, de las ciencias, de las artes, de la moral, del comercio y de la industria; *sincronístico*, que sigue el orden de las épocas de la historia de un pueblo, enumerando en conjunto todos los sucesos más importantes del mismo.

Llámanse tradiciones ó mitos, aquellos fragmentos históricos de las costumbres primitivas de los pueblos, conservadas en la memoria de los mismos y transmitidas de generacion en generacion, enumerando las creencias acerca de los dioses, de la inmortalidad y primeros pobladores, artes é industrias, observaciones astronómicas y antiguos secretos arrancados á la naturaleza, formando todo este desordenado conjunto una especie de civilizacion embrionaria. Cuando las observaciones de los historiadores sobre estos hechos míticos y tradicionales de los pueblos no salen de la esfera real y se acomodan en lo posible á la más recta y genuina interpretacion de su contenido, pueden sin disputa servir grandemente á enriquecer el tesoro de la verdadera ciencia histórica; mas cuando de estos desordenados pormenores se deducen vastas y extensas generalizaciones; cuando de lo real se pasa á lo ideal, sin fundamento cierto ni garantía positiva de veracidad, y se traducen los símbolos por documentos auténticos y las alegorias por documentos indubitables, los mitos y las tradiciones son entonces oscuros celajes que encapotan el hermoso cielo de la verdad.

Comprobados los hechos que los mitos y tradiciones nos refieren por otros medios de los que la sana é imparcial crítica reputa como aceptables, no cabe lugar á dudar, y pueden ser en ocasiones irrecusable testimonio científico.



Las estatuas, las inscripciones de los sepulcros, las medallas acuñadas ó batidas en memoria de alguna acción heroica ó notable, así como las historias sueltas que nos han quedado de los antiguos acerca de los sucesos pasados, constituyen los movimientos históricos que podemos considerar escritos; entre los principales figuran: las inscripciones, los anales, las crónicas, las medallas y documentos públicos. En cuanto á los primeros, tenemos memorables recuerdos, anteriores á todas las historias, de que extensamente nos habla J. Gruterio (1), L. A. Muratori (2), Seb. Donati (*suplementa*) (3). Las citadas colecciones de Gruterio y Muratori compendian hasta la época moderna las colecciones de inscripciones descubiertas; si bien esta rama de la ciencia histórica merece una total recomposición con todos los notabilísimos y felices descubrimientos que la época novísima nos ofrece, merced al prodigioso y constante trabajo del hombre en los nuevos caminos y vías que la industria y el comercio exigen y el mundo moderno satisface con creciente afán. Entre las inscripciones, las hay conservadas unas en caracteres alfabéticos, otras en geroglíficos; siendo la más importante de las primeras la de los célebres mármoles de Paros (4)

(1) *Thesaurus inscriptionum cura Grævii*, Aresst, 1707; dos tomos.

(2) *Thesaurus Vet. inscription. Mediolan*, 1739 et segunda 4 vol. in folio.

(3) Luc. 1764.

(4) Los mármoles de Paros, que es sin duda la inscripción más interesante, fueron descubiertos en la isla cuyo nombre han recibido, por Peyres, á principio del siglo XVII, comprados por el Conde Tomás de Arundel, y regalados por su hijo Enrique á la Biblioteca de la universidad de Oxford en 1667, donde existen todavía. Redúcense á una plancha de mármol de 0,125 metros de espesor, 0,838 metros de altura, y 2,100 metros de latitud; la inscripción está grabada á dos columnas de 93 líneas cada una, y roto el mármol en la parte inferior de la segunda columna, no llega la serie cronológica más que hasta el año 354 antes de J. C.

Los mármoles de Paros abrazan desde Cécrope, primer Rey de Atenas, año 1582 (a. de J. C.), hasta el Arconte Calistrato en 355. Ignórase quién fué su autor, así como la época, el motivo y la intención con que fueron redactados, porque faltan los primeros renglones; de los que restan del prefacio se deduce que el autor intentó describir los tiempos des-

que contienen los sucesos más célebres de la historia griega é italiana, principiando en el reinado de Cécrope, año 1577 (a. de J. C.); fueron esculpidos en el 274 (a. de J. C.) y trasladados de Paros á Oxford en el siglo XVII por el Conde de Arundel. Los mármoles capitolinos, descubiertos en Roma en tiempo del papa Paulo III, sirven para la explicación de algunos puntos oscuros de la historia romana; pues en ellos encontramos los cónsules, los dictadores, los tribunos militares y censores, que obtuvieron en Roma los honores del triunfo. Las Pirámides y sepulturas egipcias nos han conservado la memoria de las dinastías de muchos reyes. Actualmente se están descubriendo en la alta Asia nuevas inscripciones cuneiformes tan notables como las descubiertas con anterioridad en aquellas regiones de la cuna del género humano.

Merecen sin disputa las antiguas y nuevas inscripciones la más severa atención por parte

de Cécrope á Astianacte y Diognetes, arcontes en Paros y en Atenas; pero como la parte inferior de la plancha está mutilada, no comprende más que hasta Calistrato. Fácil es conocer la época de la redacción, puesto que á ella se refieren todas las demás que fija el autor, resultando, por lo tanto, el año 264 (a. de J. C.).

Los mármoles ofrecen muchas lagunas, que fueron colmando los editores con conjeturas, ingeniosas á veces; algunas fechas erróneas, tal sucede con la consignada en la época 42, en que se dice que el comienzo del reinado de Darío, hijo de Histaspes, fué el año 517 (a. de J. C.), cuando por otros monumentos más auténticos consta que fué el año 522, y Freret demuestra la inexactitud de algunos artículos más en el tomo XXVI de las Memorias de la Academia de Inscripciones de París; tiene además algunas otras fechas poco dignas de crédito, por ser puramente tradicionales, como sucede con todas las anteriores al año 776, en que se planteó la verdadera institución de las olimpiadas. No obstante, merece citarse la circunstancia de que, si bien en las 28 épocas anteriores á Homero se habla de personajes tenidos por fabulosos, como Deucalion, Cores, Minos, Hércules, Teseo y otros, no se les atribuyen los estupendos prodigios, las maravillosas empresas que les valieron un puesto en el Olimpo. En las siguientes épocas, hasta la 78, que es la última, hay errores más ó menos graves, cometidos sin duda por falta de fuentes, no con intención de engañar. A pesar de todo, los mármoles de Paros son un monumento precioso para la cronología antigua.



de los amantes de la Historia; y hora es de que se otorgue á este importante ramo del saber la gloria y recompensa á que son acreedores los que dedican y emplean toda su vida á preparar cimientos sólidos á los monumentos históricos.

Los anales y las crónicas son también verdaderas fuentes de la Historia, de las que, si bien ha podido abusarse, haciendo de ellas un uso contrario á la recta crítica, no por eso ha de negarse el carácter verdaderamente científico de que disfrutan.

Las medallas, objeto de la Numismática, son monumentos imperecederos, que narran, en páginas de bronce, el recuerdo de épocas, genealogías y hechos notables; revelando á la vez, en la estrecha esfera de su reducida extensión, todo el contenido de una civilización. El comercio, la industria, las lenguas, la religión, todas las artes, en fin, y ciencias humanas, son deudoras en alguna forma á la numismática, por la revelación de notables descubrimientos, hechos sobre la recta explicación de medallas y monedas. La historia de nuestra misma numismática nos retrata fielmente el carácter bárbaro y grosero de los primeros moradores de la Península Ibérica, el arte de los romanos, el genio de la raza sarracena, la vida azarosa y revuelta de nuestra edad media cristiana, ocupada en batallar más que en batir monedas, cuyo cuadro en compendio nos dice y enseña la importancia de estos notables monumentos de la Historia, los que aun á las veces contemplados serenamente en la palma de la mano, parece como que reflejan la historia de todo un pueblo, ó la memoria de las primeras generaciones que pasaron. ¿Quién no creerá ver resucitado el arte de Grecia ante la contemplación de alguna de esas bellas monedas, que como una imagen de todo punto ideal, recuerdan los tiempos más memorables del arte de Atenas?

La diplomática trata de la interpretación de los papeles, pergaminos, palimpsestos y notables memorias escritas en la antigüedad; siendo también un ramo importantísimo y notable de los estudios históricos, de importancia cada día más notoria, á medida que el trascurso del

tiempo aumenta su precioso valer; y la elevada estima en que de ordinario tienen las modernas generaciones los archivos y centros de estas preciosidades, viene también á reconocer su indisputable importancia.

La genealogía nos refiere la sucesión de las familias, ya por medio de series de medallas y monedas, como parte especial de la numismática, ya por medio de diplomas y títulos, etc., cooperando grandemente á la indagación de difíciles hechos históricos.

La heráldica trata de los escudos de armas y de lo perteneciente al blason, ciencia que tan brillante papel ha venido desempeñando, sobre todo desde la Edad Media; la anticuaria, de los monumentos en general; y la filología, de las lenguas, dialectos, verdadero sentido de las palabras antiguas, y otros puntos sintácticos de grande significación para todos los tiempos, y más al presente, en que el desarrollo de los estudios denominados prehistóricos exigen al historiador, y singularmente al historiador católico, que apoyándose en las fuentes divinas de la Historia, no rehusa admitir el progreso de las ciencias naturales y los testimonios de la observación, á fin de encontrar en la filología pruebas patentes y claras que sigan confirmando la verdad incontrastable de los sagrados libros, en que indestructiblemente se apoya. Los documentos públicos merecen extraordinario crédito, puesto que en cierto modo abrazan en su contenido todos los tratados y convenios de las naciones; están como depositadas en ellos las palabras de los pueblos; mereciendo sin disputa gran respeto, porque al fin son el relato y testimonio de su propia honra. La colección de Barbeyrac es una de las más completas en cuanto á tratados públicos antiguos, y la de Dumont, Koch y Escolt, en cuanto á los modernos (1).

(1) KOCH y SCHOLL.—*Hist. gen. des Traités de paix depuis la paix de Westphalie*.—París, 1817; quince tomos en octavo.

MARTENS.—*Recueil des principaux Traités depuis 1761*.—Göttinga, 1791; diez y nueve tomos.

LUNIG.—*Codex juris gentium diplomaticus*.—Hannover, 1693.